

EL TINTERO.

(ARTÍCULO DE ESCRITORIO.)

¿Qué tiene que ver el gozo de Arquímedes en el supremo instante de prorumpir en el celebrado «¡Eureka!», al lado del que ha hecho brincar mi corazón al venírseme á las mientes el título que acabo de estampar al frente de estas líneas!

¡El tintero! ¿Os parece pequeño hallazgo esa palabrilla para un apurado buscador de asuntos con que emborronar algunas cuartillas?

¿Pero como diablos no se me ocurrió una hora ántes en que empecé á sondar con la estéril péñola sus *oscuras* profundidades, en busca del codiciado tesoro que tan generosa y espontáneamente me brinda ahora?

¡Fatalidad mía! ¡Devanarme largo tiempo los sesos para hallar lo que tenía á la vista y estaba tocando con la mano!—A bien, que si no temiera convertir este articulejo en severo tratado de filosofía moral, os demostraba en un dos por tres que lo propio que á mí con el tintero, le está pasando hace siglos á la atribulada humanidad con esta quisicosa llamada la *dicha*, que haciéndonos jugar continuamente á la gallina ciega

*«detrás de cada montaña
parece que nos espera, (1)»*

para mostrarnos un palmo de narices desde otra cumbre lejana cuando hemos echado los bofes y sudado el quilo corriendo desalados á su alcance.

Pero hablemos ya del tintero, y á un lado circunloquios.

¿Hay por ventura en el mundo ningun objeto al que deba mayores beneficios la sociedad civilizada, que á ese modesto recipiente que se halla en todas partes, asequible al mas pobre, múltiple en sus formas, tamaños y composición, y tratado amenudo con tanta ingratitud (el de mi mesa pongo por caso) que, en pago de sus inestimables servicios, ni siquiera recibe el suave cariñito del plumero que bastaría á libertar-

(1) Selgas.—«La Felicidad.»